



Domingo de Pascua PENTECOSTÉS Ciclo B. *Recibid el Espíritu Santo*

«La Iglesia tiene necesidad de su perenne Pentecostés. Necesita fuego en el corazón, palabras en los labios, profecía en la mirada. La Iglesia necesita ser templo del Espíritu Santo, necesita una pureza total, vida interior. La Iglesia tiene necesidad volver a sentir cómo sube desde lo profundo de su intimidad personal, como si fuera un llanto, una poesía, una oración, un himno... la voz orante del Espíritu Santo, que ora en nosotros y por nosotros (...). La Iglesia necesita recuperar la sed, el gusto, la certeza de su verdad, y escuchar con silencio inviolable y dócil disponibilidad la voz, el coloquio elocuente y contemplativo del Espíritu, que nos enseña "toda verdad"» (Pablo VI)

✠ Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 19-23

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO

La Iglesia esparcida por el mundo entero revive hoy, solemnidad de Pentecostés, el misterio de su nacimiento, de su «bautismo» en el Espíritu Santo (cf. Hch 1, 5), que tuvo lugar en Jerusalén cincuenta días después de la Pascua, precisamente en la fiesta judía de Pentecostés. Jesús resucitado había dicho a sus discípulos: «Permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto» (Lc 24, 49). Esto aconteció de forma sensible en el Cenáculo, mientras se encontraban todos reunidos en oración junto con María, la Virgen Madre.

Como leemos en los Hechos de los Apóstoles, de repente aquel lugar se vio invadido por un viento impetuoso, y unas lenguas como de fuego se posaron sobre cada uno de los presentes. Los Apóstoles salieron entonces y comenzaron a proclamar en diversas lenguas que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, que murió y resucitó (cf. Hch 2, 1-4). El Espíritu Santo, que con el Padre y el Hijo creó el universo, que guió la historia del pueblo de Israel y habló por los profetas, que en la plenitud de los tiempos cooperó a nuestra redención, en Pentecostés bajó sobre la Iglesia naciente y la hizo misionera, enviándola a anunciar a todos los pueblos la victoria del amor divino sobre el pecado y sobre la muerte.

El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia. Sin él, ¿a qué se reduciría? Ciertamente, sería un gran movimiento histórico, una institución social compleja y sólida, tal vez una especie de agencia humanitaria. Y en verdad es así como la consideran quienes la ven desde fuera de la perspectiva de la fe. Pero, en realidad, en su verdadera naturaleza y también en su presencia histórica más auténtica, la Iglesia es plasmada y guiada sin cesar por el Espíritu de su Señor. Es un cuerpo vivo, cuya vitalidad es precisamente fruto del Espíritu divino invisible (Benedicto XVI, 31-05-2009)

PUNTOS PARA LA MEDITACIÓN

1. De repente vino del cielo un gran ruido, semejante a la ráfaga de un viento impetuoso, y llenó toda la casa donde se encontraban. Entonces aparecieron lenguas como de fuego, que se repartían y se posaban sobre cada uno de ellos.

Es la fuerza del Espíritu apoderándose de la debilidad de unos hombrecillos impotentes. Unas lenguas de fuego van posándose en las cabezas de los allí reunidos. Las lenguas simbolizan la verdad; el fuego, el amor. Van a quedar transformados para la conquista, armados para la lucha.

Los apóstoles, ardiendo ya en el amor divino, se lanzarán sin miedo a predicar a Cristo. Se apoderan de corazones e inteligencias, sujetándolos al amor. Y surgen las primeras generaciones de cristianos. En ellos descubrimos nuestros verdaderos modelos de santos y misioneros. Necesitamos volver al cristianismo de los orígenes. «Los cristianos de los primeros siglos se opusieron a una civilización pagana y materialista que enseñoreaba sin oposición. Se atrevieron a atacarla, y al final se impusieron gracias a su tenacidad constante y mediante gravísimos sacrificios.» (Pío XII, 16-5-54).

2. El Espíritu Santo se apoderó de ellos...

Pentecostés es el Espíritu Santo triunfando de la pequeñez e insignificancia de unos pocos hombres y mujeres, barreduras del mundo, despreciables, como dirá Pablo años adelante (1 Co 1,26). Lo más abyecto y bajo a los ojos del mundo, eso eligió Dios para confundir a los poderosos. Ni ciencia, ni dinero, ni influjo humano de ninguna clase... El Espíritu se apoderó de ellos y ellos conquistaron el mundo, harán penetrar en él una doctrina en sistemática e irreductible oposición a los deseos de la carne, los dictámenes del dinero, del placer, del orgullo. El resultado fue sorprendente. El milagro de la evangelización del mundo.

3. Seréis testigos míos...

Oraban con María, la Madre de Jesús, la Madre de la Iglesia. Fue esa oración con la Madre la que produjo el milagro de Pentecostés de hace veinte siglos y que produjo la epopeya de conquista que entonces se desencadenó. Perseveraban unánimes en la oración con María, Madre de Jesús. No nos cansemos de meditar esto.

Y como consecuencia, la promesa de Jesús el día de la ascensión se realizó, y se realizará también en nosotros: «Y seréis testigos míos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta los últimos confines de la tierra.» (Hch 1,8). Y la juventud volverá a Dios en brazos de la Virgen, y las familias se recristianizarán. Como los apóstoles del cenáculo de Jerusalén, debemos salir también nosotros de este Pentecostés: «Fuertes en la fe, armados de una constancia invencible en medio de las persecuciones, abrasados en el celo, sin otro ideal que propagar por doquier el Reino de Cristo.» (Pío XI).

TEXTO de San Ireneo de Lyon. Tratado contra las Herejías

«Yo le pediré al Padre que os de otro Defensor, el Paráclito, que esté siempre con vosotros» (Jn 14,16)

El Espíritu prometido por los profetas descendió sobre el Hijo de Dios hecho Hijo del Hombre (Mt 3,16), para acostumbrarse a habitar con él en el género humano, a descansar en los hombres y a morar en la criatura de Dios, obrando en ellos la voluntad del Padre y renovándolos de hombre viejo a nuevo en Cristo.

Este Espíritu es el que David pidió para el género humano, diciendo: «Confírmame en el Espíritu generoso» (Sal 51[50],14). De él mismo dice Lucas (Hch 2), que descendió en Pentecostés sobre los Apóstoles, con potestad sobre todas las naciones para



conducirlas a la vida y hacerles comprender el Nuevo Testamento: por eso, provenientes de todas las lenguas alababan a Dios, pues el Espíritu reunía en una sola unidad las tribus distantes, y ofrecía al Padre las primicias de todas las naciones. Para ello el Señor prometió que enviaría al Paráclito que nos acercase a Dios (Jn 15,26; 16,7). Pues, así como del trigo seco no puede hacerse ni una sola masa ni un solo pan, sin algo de humedad, así tampoco nosotros, siendo muchos, podíamos hacernos uno en Cristo Jesús (1 Co 10,17), sin el agua que proviene del cielo. Y así como si el agua no cae, la tierra árida no fructifica, así tampoco nosotros, siendo un leño seco, nunca daríamos fruto para la vida, si no se nos enviase de los cielos la lluvia gratuita. Pues nuestros cuerpos recibieron la unidad por medio de la purificación (bautismal) para la incorrupción; y las almas la recibieron por el Espíritu. Por eso una y otro fueron necesarios, pues ambos nos llevan a la vida de Dios.

MEDITACIÓN DEL P. MORALES

Pentecostés no es sólo la gran fiesta litúrgica en honor de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia celebra en este día no únicamente la venida del Espíritu Santo, sino, sobre todo, la consumación indispensable de la obra gloriosa de Cristo inmolado y resucitado. Si la Pascua es la aurora de la gracia, Pentecostés es el cenit. Si la Pascua es comienzo de la salvación, Pentecostés es plenitud. La Resurrección alcanza en este día «su cima, sin perder nada de su esplendor» (S. Agustín). «Hoy llegamos a la cumbre misma, al *summum* de todos los bienes, a la metrópoli de todas las solemnidades, al fruto sazonado de la promesa del Señor.» (S. Juan Crisóstomo).

Pentecostés, último y refulgente eslabón del misterio pascual. Sin la efusión del Espíritu Santo, la obra de nuestra redención no se nos aplicaría. Cierto, la Resurrección devuelve ya la vida a nuestra naturaleza, y la Ascensión la coloca a la derecha del Padre. El triunfo de la vida sobre la muerte, la subida al cielo se ha efectuado sólo en la Cabeza. Cristo tiene que transmitir la vida nueva, que tiene en plenitud, a todo el Cuerpo místico. Esto lo hace en Pentecostés enviándonos su Espíritu. Nuestra redención la realiza completa Cristo. El Espíritu Santo nos la completa, nos la comunica. Viene a la tierra trayendo todo el aroma de la encarnación bajo sus alas. Lo único que sucede es que la presencia visible de Cristo ascendido al cielo es sustituida por su presencia interior. Se hace visible ahora por su Espíritu, cumpliendo la promesa hecha a los suyos: «*No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros.*» (Jn 14,18).

Se inicia una epopeya de conquista en el mundo. Una epopeya que todavía no ha acabado. Sólo concluirá cuando se salve el último de los escogidos. El Espíritu Santo se apodera del corazón de unos hombres insignificantes, de unas mujeres débiles. Desencadena una epopeya de amor. Avasalladora, se adueñará del mundo.

Domingo de Pentecostés. Doble milenario del nacimiento de la Iglesia. Aniversario de una fundación gloriosa, la más fecunda y bienhechora que conoce la humanidad. La Iglesia, luz y vida divina para los hombres, como el Cristo a quien prologa. Y María en el cenáculo, en medio de nuestros primeros hermanos en la fe, Madre de la Iglesia naciente de Cristo, que empieza a vivir en aquellos hombres, en aquellas mujeres.

Armonía maravillosa, simetría perfecta, distinguen siempre las obras de Dios. La Virgen, Madre en la anunciación del Hijo divino que se mece en sus entrañas, será también Madre de la Iglesia naciente en el cenáculo; de esa Iglesia, que es Cristo prolongado y extendido en cada cristiano. «Y nació por el Espíritu Santo de Santa María Virgen», decimos de Jesucristo en el credo. También la Iglesia en este día de Pentecostés, yo, partecita diminuta, pero vital, de este maravilloso Cuerpo

místico, nazco por el Espíritu Santo de Santa María Virgen. Y la Cruzada de la Inmaculada, Esposa de Jesús en la anunciación, se hace también Madre de las almas en Pentecostés. Y repite anhelante: Santa María del Cenáculo, Reina y Madre de la Iglesia naciente; alcánzanos el Espíritu Santo, unifica en el amor a la juventud de España, de América, del mundo.

El amor de la Iglesia a la Virgen «comienza aquí, cuando está a punto de nacer el Cuerpo místico de su divino Hijo» (Pablo VI, 26-5-71). María es Madre de Jesús dondequiera que nazca: Belén, misa, cenáculo, en cada alma. María sigue siendo Madre de la Iglesia. Su maternidad no envejece. Su amor no se desgasta. Repartiendo, se enriquece. Su corazón no se achica, se dilata. Sus brazos no se quedan cortos. Tiene amor, corazón, brazos de Madre para estrechar a todos los que llegan.

Pentecostés es el Espíritu Santo triunfando de la pequeñez e insignificancia de unos pocos hombres y mujeres, barreduras del mundo, despreciables, como dirá Pablo años adelante (1 Co 1,26). Lo más abyecto y bajo a los ojos del mundo, eso eligió Dios para confundir a los poderosos. Ni ciencia, ni dinero, ni influjo humano de ninguna clase... Y se apoderan del mundo. Y harán penetrar en él una doctrina en sistemática e irreductible oposición a los deseos de la carne, los dictámenes del dinero, del placer, del orgullo.

El resultado fue sorprende. Situémonos en un punto culminante para contemplarlo. Es el año 64 del siglo I. Han transcurrido treinta desde el domingo de Pentecostés. En ese año, decisivo en la historia del catolicismo primitivo, nuestros hermanos son reconocidos como cristianos por la autoridad romana. Nerón les aplica las primeras medidas persecutorias. Pedro y Pablo se disponen a regar con su sangre los cimientos de la Iglesia de Roma. Aún no han sido escritos todos los evangelios, falta todavía el de Juan, y ya el Evangelio de Jesús ha sido predicado en las más diversas regiones del imperio romano.

Es conocido en todas las provincias del Asia romana, desde los arenales de Arabia hasta las playas del Ponto Euxino. Ha penetrado en el continente africano por Egipto y la Cirenaica. En Europa se ha introducido por Macedonia, Acaya, Épiro, Iliria, Dalmacia. Conquista nutridos grupos de creyentes al sur de Italia. Sus fieles y mártires forman en Roma «una ingente muchedumbre» (Tácito). Y ha llegado con Pablo hasta los confines de Occidente, hasta las costas de Hispania (Clemente Romano).

En sólo treinta años, los testigos de Pentecostés han llevado a Cristo en todas direcciones: han invadido el Asia Menor, han surcado el Mediterráneo, bañando en luz sus costas. Un relámpago que, partiendo de Siria, ilumina casi al mismo tiempo las tres grandes penínsulas. Asia Menor, Grecia, Italia. Muy pronto, un segundo reflejo abraza en su luz casi todas las costas mediterráneas. La epopeya no ha hecho más que comenzar. Doscientos años más tarde, cuando después de treinta de paz estalla la persecución más violenta que conoce la historia, Diocleciano intenta ahogar en sangre la peligrosa secta que se dilata por toda la geografía del imperio y amenaza suplantarle. Dieciocho años de persecución cruelísima. Pero en 313 el edicto de Milán marca la conversión del imperio al cristianismo. El sol de Pentecostés había alcanzado por entonces su cenit. Ilumina las fronteras del imperio más vasto del mundo. Anuncia ya una nueva cultura. Sobre las ruinas de roma forjaría la Iglesia la civilización occidental, alma de Europa y del mundo moderno.

La epopeya de Pentecostés se realiza por unos pocos hombres y mujeres. Se ha apoderado de ellos el amor y la fortaleza. Es el Espíritu Santo. Ese Espíritu les comunica valentía y constancia desconocidas.